

ROQUE SÁENZ PEÑA

DISCURSO y

PROGRAMA DE GOBIERNO

1910

No ensayaré expresaros mi gratitud. La intensidad del sentimiento excede las expansiones del verbo y presiento que yendo hacia afuera habría de llegar desfigurado ó disminuido. Permitidme que guarde íntegramente esta emoción junto á los recuerdos más hondos y á los más puros amores con mi pueblo. Dejadla en mis intimidades para que pueda en el resto de la vida evocar esta hora única en que regreso á la patria engrandecida y siento los calores de mi raza en el abrazo abierto y vasto con que queréis restituirme á mi actuación ciudadana. Mi labor ha sido breve y no hay en mis oscuros afanes por la justicia internacional y por la paz ninguna de esas culminaciones que fijan el comentario de la multitud. Me habéis acordado honores de vencedor; pero es la propia conciencia quien me niega tamaños merecimientos, convencido como estoy de que soy ocasión y no motivo de este acto extraordinario é imponente. Yo debo reconocer en esta solemne comunión de un ciudadano con su pueblo no sólo afectos sino anhelos, no sólo sentimientos sino ideas, que comportan voliciones y pacíficos pronunciamientos vinculados al presente y al porvenir de la Nación. Al medir las proporciones de esta magna asamblea viene á mi mente la palabra de Goyena, cuando decía desde su banca de legislador: "Es la gran ciudad común de todos los hombres de una misma patria la que tengo delante de mis ojos". Si. Este

movimiento es nacional, inspirado como viene por espontáneas manifestaciones del interior y del literal y aumentado en su significación por los hombres que comparten nuestro sol y nuestras esperanzas, intensificados todos en el esfuerzo creador y armonioso. Y percibo, por campo de vuestras aspiraciones, la inmensa extensión de la República porque miro la representación de los pueblos argentinos ejercitando en mi ciudad nativa el derecho indivisible de la nacionalidad, tanto más consolidado cuanto nos es dado ver, como en remota lejanía, los prejuicios que nos dividieron ó las pasiones que nos perturbaron. Y porque mis convicciones fueron invariablemente nacionales y porque he de serlo siempre en mi pensamiento y en mis actos, mi espíritu se dilata al descubrir la fisonomía de este enorme concurso sesionando á cielo abierto, en las amplias avenidas de la metrópoli, perdurable fusión de las provincias, alma y síntesis de la República. El alejamiento de la tierra natal sugiere un estado de ánimo que al llenarnos de optimismos embarga nuestras facultades críticas. Mezcla de amor creciente y de nostalgia, de meditación en sus problemas y de confianza en sus destinos, yo he divisado la patria desde la Ciudad Eterna como se contempla un astro en el espacio, percibiendo tan sólo su faz luminosa, su volumen y sus armonías. Y me ha sido dado verla en la plena labor de su grandeza, incorporada á la comunión civilizada á favor de una política conservadora, política de circunspección que inspira

fe y de sinceridad que gana amistades. Correspondiendo al honor que me acordáis, deseo hablaros sobre intereses nacionales con la visión que sugiere la distancia y con ella la cultura de las civilizaciones seculares, que serenan el espíritu al nutrirlo de experiencias y de enseñanzas. Habré, pues, de confiar, en conversación sencilla y amistosa, una pequeña parte de lo que he observado y otra porción, aun menor, de lo poco que me ha sido dado hacer. La paz internacional es el problema central de nuestros días y avanza, más que por el noble esfuerzo de los congresos pacifistas, por espontánea voluntad de los gobiernos y por la sanción moral de los Estados, — tribunal intangible que obra y gravita, verdadera opinión universal en que cada opinante es una nación y cada nación, compuesta de millones de conciencias, es un juez insospechable y desinteresado en el conflicto. La República Argentina ha registrado sus títulos en los archivos de La Haya y me es dado aseguraros que al depositar la historia escrita de sus arbitramentos mereció la atención de las naciones. Y fueron sus plenipotenciarios ante la misma Conferencia los encargados de dar una nueva prueba de esa adhesión inalterable, suscribiendo con sus colegas de Italia un Tratado de Arbitraje que, leído por el Presidente Nelidof, recibió los aplausos del Congreso. Este Tratado, señores, significa contribución efectiva á la amistad perdurable de dos grandes naciones latinas que de-mostraron amarse más intensamente, al ofrecer ese ejemplo de pacifismo práctico á

la gran Asamblea de las Naciones. Al hablar de los pueblos latinos, el corazón me hace un llamado y no puedo prescindir de los afectos que os traigo de España. Enviado, tras de largo retiro, á las nupcias de S. M. Alfonso XIII, y Ministro más tarde ante su gobierno, me fué grato constatar, por actos elocuentes y reiterados, el recíproco cariño de la Madre Patria y su Hija independiente, definitivamente reconciliadas en el amor de la raza y en el ideal de la latinidad. Sin cargo oficial en Francia, fui llamado por la Conciliación Internacional y las palabras del representante de Chile y el que os habla inspiraron el discurso de Federico Passy, elogioso y justiciero para Chile y la Argentina que allí, como en otros Cuerpos Internacionales, exteriorizaron su política de sólida amistad, después de un penoso estado internacional del que hemos participado con franqueza á uno y otro lado de los Andes. Nunca fueron más fáciles y más definitivas las reconciliaciones y los olvidos, trátase de los hombres ó de los pueblos, que cuando los adversarios no obraron á la sombra ni bajo la coraza del disimulo, sino real y netamente á los riesgos y peligros de la acción responsable. La renovación de nuestros armamentos dió lugar á fuertes cavilaciones en ciertas capitales europeas, que en su momento pude contribuir á disipar y en este alto y noble empeño colaboró eficazmente la palabra del señor ministro Pisa, ilustre representante del Brasil en Francia. Cultivando la amistad de nuestros pueblos quisimos concurrir á colocarlos

en la corriente pacificadora, anhelo que no comporta la debilidad ni la renuncia de los medios defensivos, ajustados en todas las naciones á su capacidad económica y política. Mientras no se constituya el Tribunal Permanente con previsiones jurídicas y sanciones positivas, habremos de lamentar la situación imperfecta del derecho público, pero sometiéndonos á la voluntad de los tiempos. Inclinémonos, pues, ante la ley de la necesidad, sin pretender proceder mejor que los otros, y digamos con satisfacción que, al puntualizar nuestro derecho, no nos perturban el designio de ensanches territoriales ni anacrónicas supremacías y que toda la aspiración argentina es hacer su porvenir como ha hecho su pasado, sin una agresión, pero también sin una debilidad. La guerra provocada por nosotros. ¿Contra quién? ¿Con qué propósito? ¿Por la supremacía comercial? No habría nada más contrario que la guerra para conservar esas ricas florecencias de la paz. ¿Buscaríamos expansión territorial? No la necesitamos, porque nos faltan hombres y nos sobra tierra, porque hay déficits de brazos y excesos de riquezas inexploradas. Si el desierto es el mal argentino, emerge del propio instinto de conservación nuestro desinterés por aumentarlo. Y deben pensar así quienes no quieren mirar aquellos desprendimientos como herencia y como índice de nuestra tradición. Belgrano, truncando su breve campaña redentora así que sintió el confuso anhelo de una primera fragmentación dentro del Virreinato todavía

indiviso, san Martín, inspirando el Directorio de O'Higgins en seguida de Chacabuco y saliendo del Perú antes de Ayacucho, y los soldados de Ituzaingó mirando sin rebeliones la nueva nacionalidad que desmembraba la propia, marcaron con indestructible lógica las alturas de nuestra política, que nunca, en ningún momento, tuvieron solución de continuidad, ni por razón de intereses ni por pasiones que hubieran sido explicables a raíz de una reciente beligerancia. La admiración de aquel pasado funda en mi espíritu la enseñanza del presente y los rumbos del futuro; y no caben veleidades ni claudicaciones en los hombres que se inspiran en el honor nacional como principio y en la armonía del continente como medio de engrandecerlo. La política argentina ha sido y será pacífica, porque es una democracia conservadora; pero habrá de demostrar en la eterna sucesión de las generaciones que si siente respetos inalterables por todas las soberanías, tiene también las virtudes defensivas que conservan á las nacionalidades. La política que he interpretado en la esfera de una función limitada ha sido de amistad para Europa y de fraternidad para la América. Y en lo que atañe á mis convencimientos, no necesito decir que al expresar los criterios argentinos, no he vertido ningún sentimiento extraño á mi propio pensar y querer, porque cada ciudadano de esta gran Nación es un producto de su ambiente y de su espíritu. Un concepto jurídico nos es común y hay una psicología argentina como hay un alma nacional

que nos asocia y nos inspira en la tradición que nos orienta. Representante de una Nación poderosa en la relatividad del continente, pienso que la moderación y la justicia significan la cultura de la fuerza y la gentileza ecuánime de la vida de relación: Estado fuerte no significa Estado beligerante, como hombre robusto no quiere decir hombre homicida. Os he hablado con demasiada extensión de los asuntos internacionales tal vez porque han fijado mi preferencia al volver á la vida diplomática ó quizá por razones fundamentales que derivan de la actualidad de la República. La riqueza no es el único problema de las sociedades. La vida de relación la supone y la garantiza porque el trabajo es el fruto de la paz, y no ha de acrecentarse con solidez sino á favor de horizontes despejados y de una franca y neta cordialidad con los estados limítrofes y con todas las naciones del continente. El concepto internacional y diplomático tenía pues, merecida precedencia y he debido dejarlo bien saneado para entrar serenamente á ocuparme del régimen interior. Nuestro organismo económico contemplado desde el exterior da la sensación de un vértigo creciente, que hace crujir los viejos moldes que plasmaban la normalidad. Todas las vestiduras nos ajustan, todos los engranajes se vuelven deficientes, no por el correr del tiempo sino por la expansión de este coloso, que al moverse pacíficamente, revienta las ligaduras sin esfuerzos y sin enojos. Los puertos resultan estrechos, los ferrocarriles cortos y las techumbres escasas

para las ricas germinaciones del suelo. Los ríos se disponen á salir de sus cauces para derramar su linfa sobre la pampa infinita y al crecer de las aguas y de los campos dilatamos territorio, producción y potencialidad. Este estado que evidencia los incrementos de nuestro país debe ser para nosotros algo más que un motivo de satisfacción. ¿Por cuánto entra en esta florescencia maravillosa la sola virtud de nuestros privilegios naturales? ¿Por cuánto el esfuerzo privado de ganaderos, agricultores é industriales? ¿Y por cuánto las previsiones de la legislación y la diplomacia ó la obligada tutela del Gobierno? Habremos de confesar que los productos argentinos no se encuentran suficientemente protegidos en los mercados extranjeros por el arma defensiva de la reciprocidad. Cuando la producción excede de las necesidades del propio consumo, y cuando permanecemos tributarios de copiosas importaciones, la balanza económica no debe quedar librada al sólo juego de la acción particular, y es al gobierno á quien compete buscarle equilibrios. Ese es el feliz conflicto que hace impostergable una política comercial, que por cláusulas de recíprocas ventajas mejore la penetración de los mercados. Sería la manera de valorizar los cereales y las lanas, el ganado en pie y las harinas, las varias industrias del frío, los azúcares y los vinos, evitando las peligrosas crisis de superproducción á que quizá estemos abocados. Para impedirlo no habremos de proceder por limitaciones de orden nacional, sino por ampliación de los

mercados internacionales y la concurrencia de los mismos.

La revisión de los antiguos tratados, llamados de comercio y que sólo fueron de amistad vueltos inadecuados por esas sorpresas de nuestro engrandecimiento. y la celebración de los que ya necesita la economía nacional es labor de prudencia y de patriotismo. Pero los tratados no han de hacerlo todo y debemos al producto, dentro del mismo país, transporte y embarque cómodo, oportuno y barato; sería ilusión pretender que salve otras fronteras, si no le damos en las propias lo que de las extrañas exigimos. La estadística comparada me ha enseñado que el transporte de nuestra producción es oneroso y que está en una proporción de 100 á 200 con relación á los Estados Unidos del Norte. Si las cifras son exactas, el fenómeno se explicaría en el transporte marítimo por razón de la distancia; pero las cifras persisten en el transporte fluvial y terrestre y es esta desproporción la que he mirado con alarma. Nuestros principales centros productores están en las provincias del litoral y aquel hecho nos indica que el fomento de la marina mercante y el favor que reclama el cabotaje, son reformas exigidas por nuestras industrias madres como también por la marina de guerra.

La labor de este Gobierno comprende los varios aspectos del primer problema nacional y el proyecto que he tenido el honor de presentar al Instituto Internacional de Agricultura no es sino una lejana consecuencia de su pensamiento y de

su estímulo. Si con él he pretendido fijar la atención del europeo consultando su interés y el de todos los estados agricultores, es porque sé a mi país capaz de sufrir ese examen y de afrontar la competencia universal. Entre las varias ideas en que me ha sido grato coincidir con los miembros del actual Gobierno, figuran los proyectos destinados á valorizar las tierras públicas antes de transferirlas al dominio privado. Digo otro tanto del ejercicio del crédito, que debiendo gravar el futuro no debemos extremarlo en el presente, pero habremos de ejercerlo para empleos reproductivos como los ferrocarriles que han creado nuestra agricultura, obra del riel primero que del arado. Considero la ley de fomento á los territorios federales como uno de esos actos que caracterizan un período, presagiando la feliz metamorfosis de las gobernaciones en diez provincias prósperas y autónomas. Encaro con igual criterio la manera de reducir el latifundio por medio del impuesto progresivo, como necesario divisor de la tierra.

Las transformaciones que esas iniciativas han de operar, habrían de ser insuficientes á pesar de su magnitud, si no movieran el apoyo insustituible de los particulares, de las asociaciones y de las compañías. El concepto del Estado-Providencia, acentuado como rasgo de la sociología argentina, parece perder vigores y debe sernos grato anotar la decisión tomada recientemente por las empresas

ferrocarrileras para realizar estudios de irrigación. Este suceso nuevo entre nosotros, es corriente en los Estados Unidos y en el Canadá, donde el interés privado halla ventajas en crear transportes y fletes ó simplemente en aumentar el rendimiento y el valor de las tierras, dominando el régimen de las aguas. Irrigar las provincias andinos y el Río Negro y canalizar á Córdoba, sistemando sus ríos hasta empalmarlos con las grandes corrientes navegables, sería borrar de nuestra geografía la expresión mediterránea, transformando el interior en litoral. Las determinaciones particulares que dejo apuntadas las tomo como síntoma feliz que nos permite pensar en estas magnas correcciones á la naturaleza, convenciéndonos de que ellas habrán de aunar el interés privado y público.

¿Adónde llegaremos? No es dado preverlo; pero necesitamos hacer síntesis para ver el porvenir y aproximarlos sabiamente, pero no con el criterio de la actual necesidad, porque resulta que lo que hicimos ayer con el pensamiento en el futuro, lo ha alcanzado y excedido la generación presente, actualizando su posteridad. Habré de repetiros, sin embargo, que nos faltan hombres y que la despoblación perjudica la armonía de nuestros progresos, porque hemos vencido al indio pero no al desierto. Si á un escolar italiano, francés ó belga se le obligara á definir el concepto, estaría en lo justo al contestar; desierto es un territorio con dos hombres en cada kilómetro

cuadrado. Y siendo ese el inventario de nuestra población debemos esforzarnos en Promover la corriente inmigratoria que es capital, trabajo, ideas, luz y fraternidad. ¿Qué camino seguir para impulsarla? La inmigración artificial se encuentra desprestigiada en Europa y en América, y debemos convencernos de que penetrar en la noción del mundo no es un cometido que se abrevia con los usos llamativos que suelen emplear los industriales. Mi resistencia es antigua contra estos sistemas efectistas y me fué grato traducirla en un acto de gobierno al suprimir la red de agencias, inútil supervivencia de los pasajes subsidiarios. Ellos fueron es realidad la única contribución efímera por fortuna que la nación ha prestado al fomento artificial de población y ese corto intervalo no cuenta castra la maldad semilla de nuestra política. Desde la representación de los Hacendados á lo largo de los ensayos de la Revolución, pasando por la libre navegación de los ríos, por el principio de la igualdad civil para nacionales y extranjeros y el aporte de los últimos á la vida comunal, se ve en la mente de nuestros gobiernos la asociación espontánea del emigrante á la actividad de la Nación. El territorio está abierto á todas las energías; tócanos hacerlas útiles y prósperas por la legislación y las costumbres, por la fácil adquisición de la tierra, por las garantías del régimen, por la estabilidad de la moneda y la rápida justicia. Decía, señores, que el problema inmigratorio no ha de

solucionarse por medios artificiales sino avanzando en perfeccionamiento, y garantías. Son estos progresos positivos los que han de procurarnos á la vez la naturalización del extranjero y no el ofrecimiento insuficiente para hacer cambiar de patria. El hombre que depone su ciudadanía nativa necesita sustituirla por una nueva existencia en que se mire como unidad eficiente, como factor y sujeto de derechos más amplios que los que ejercía ó cuando menos igualmente considerados. Habremos, pues, de prestigiar el alto título de ciudadano argentino y para hacerlo estimar de los demás no debemos prodigarlo sino **cuando fundadas presunciones de hecho ó de derecho nos indiquen que el interés ó el afecto, la residencia ó el tributo, nos aportan ciudadanos de verdad y de corazón.** Tal es la ley que nos gobierna y que expliqué hace veinte años en el Congreso de Washington. En el impulso de nuestro crecimiento sea, pues, la consigna del presente la misma del precepto bíblico: hecha la reproducción de los panes nos resta multiplicar á los hombres. Si con seis millones de habitantes, sembrando apenas un décimo de nuestra superficie cultivable, hemos llegado á los primeros rangos productores y alimentamos una porción del mundo, se concibe la gravitación que habremos de conquistar cuando tengamos la totalidad de nuestras tierras cruzadas por canales y ferrocarriles, en activa y copiosa germinación. Para llegar hasta allí necesitamos no ser ignorados, que la noción geográfica cese de confundirnos y

penetre en la mentalidad del europeo con el exacto concepto de nuestra existencia. Si para un autor genial la celebridad es mero azar de la divulgación, así también para nuestro país la rápida atracción del extranjero es función de su notoriedad. Conseguirla ampliamente, con mayor celeridad y menor esfuerzo, es problema que tengo indicado y preocupa al Parlamento y al Gobierno. El patriotismo hace sentir á la distancia los rumores del trabajo encarnizado, que en su avance ininterrumpido acabará por otorgarnos la posesión efectiva del desierto. A través de estas agitaciones afanosas se percibe en nuestro pueblo un ademán hospitalario que invita á entrar y á fijar para siempre la tienda errante. Sí; flota en la fisonomía argentina una sonrisa de grata convivencia que descubre el alma de la raza y sus capacidades de asimilación. Esta modalidad de nuestro ser, esta aptitud transformadora que viene haciendo argentinos á los que llegan extranjeros, favorecida por nuestra condición de pueblo joven, es fuerza que previniendo el conflicto cosmopolita aleja las inquietudes derivadas de la inmigración. Es indudable que antes de cinco lustros, si nuestra prosperidad sigue su vértigo, el elemento nativo va á quedar en minoría: tratemos de que no quede en inferioridad. Si cada día tiene su tarea, corresponde al presente la del crecimiento, tal como lo entendieron los Estados Unidos del Norte y como debemos practicarlo nosotros. Hagamos leyes y acordemos medidas, vigilemos y

auscultemos la intensidad del espíritu argentino, pero hagamos todo eso de camino, sin interrumpir la marcha ni detener el avance de nuestro progreso, que este gran laboratorio á donde llegan y se funden los hombres de todas las razas, va aumentando el sedimento de un núcleo vegetativo por las leyes de la generación y los derechos del suelo que recoge como propio el fruto vivo de su entraña. No pretendo disminuir la gravedad de los problemas de nuestro futuro próximo. Nadie podrá precisarnos cuál será el día ni la hora en que el aluvión humano desbordará nuestras comarcas, pero presiento que el fenómeno va á abreviar los términos de la historia y habremos de prevenirlo para que sus influencias bienhechoras no perturben nuestra marcha ascendente ni abatan nuestro carácter en la tenaz competencia de los hombres y de las razas. **La previsión del conflicto ha de darnos diversas soluciones**, pero nunca, en ningún caso, habremos de restringir la condición jurídica del extranjero. Uno de esos preventivos ya deja sentir su acción, implantado por el órgano de la educación pública, hondamente preocupada de argentinizar nuestras escuelas. **Si educamos y formamos niños argentinos**, es difícil que obtengamos adultos extranjeros. Después del libro y del maestro que modelan la conciencia cívica, el medio ambiente es un condensador de los espíritus que transforma las sustancias neutras y ha de ofrecernos una esencia pura para la transparencia diáfana del alma argentina. Respecto de la

educación primaria debemos mantenerla y vigilarla como obligación perfecta y derecho indiscutido al Estado y á la sociedad, que persigue su progreso espiritual más esencial sin disputa que su riqueza material.

Soy partidario decidido del servicio obligatorio que ha de darnos generaciones vigorosas, no sólo para acrecer el poder militar de la República, sino también para formar en el cuartel y en el campamento el **amor á la bandera**, que debe ser jurada por todo argentino. El voto obligatorio ha contado en toda hora con mi simpatía, no como sistema y como escuela de un deber inexcusable de la ciudadanía, sino como reforma á nuestras prácticas fundadas en la inercia de esa función substancial á todas las democracias. He manifestado antes de ahora que no es bastante garantizar el sufragio sino que necesitamos crear el sufragante, sacándolo del obscuro rincón del egoísmo á la luz vivificante de las deliberaciones populares; y si cada nación ha de adoptar las instituciones conducentes á reparar sus infortunios, yo no encuentro ninguna reacción más apremiante que la que tiene por objeto el voto público. Estas tres instituciones habrán de prevenir males profundos y si me fuera dado reducirlas á una síntesis, yo no vacilaría en fijar esta fórmula de nuestro presente: Perfeccionamiento Obligatorio.

Señores de la Comisión:

En un Gobierno de discusión y de examen, de control y de publicidad como el que habríamos de practicar, todas las opiniones y tendencias tendrían abiertas las puertas de la representación. Y no he de temer perturbaciones por el ejercicio franco de la universalidad de los derechos, porque el orden social y el Estado se encontrarán protegidos por el sentimiento reposado de la gran mayoría del pueblo argentino. La carencia de clases y de privilegios en nuestra legislación igualitaria previene las complicaciones de las clases obreras ó las vuelve improcedentes. He dicho en otra ocasión que el **socialismo** era un pleito que el espíritu moderno debía apresurarse á transar, mejorando las condiciones del trabajador. Y bien, señores, la República Argentina, donde el socialismo no arraiga ni puede avanzar, ha ganado su litigio por la sabiduría de su legislación, por el cuerpo de sus sanciones bienhechoras, como también por los proyectos que previniendo conflictos traducen el anhelo contemporáneo y el ideal solidario de la especie humana, que vino al mundo con el cristianismo. No conoce nuestro país la opresión del capital, pero sí la largueza del salario. La agricultura difunde pródigas retribuciones, y si hay una clase ó gremio que sufre y calla los rigores del destino, no es el trabajador de las colonias ó de los centros urbanos, es el obrero de las soledades, es el gaucho que nos mantiene y

conserva las riquezas de nuestra ganadería. He afirmado que el **salario general** es elevado pero me falta agregar que la vida del trabajador es cara y debemos preocuparnos de abaratarla, simplificando y reduciendo el régimen impositivo, haciéndolo gravitar de preferencia sobre las personas y las cosas que representan la fortuna y no la necesidad. Y ha de pesar sobre ellas, no porque hayamos de dividir la sociedad en ricos y menesterosos, burgués y proletarios, sino porque los primeros tienen mayor capacidad contributiva y el Estado les garantiza mayor suma de beneficios y de protección.

Mi **política económica** sería de conciliación entre los intereses que se controvierten. No puedo ni debo ocultaros que en principio yo no soy proteccionista; pero concibo el gobierno con capacidad de cálculo y adaptación al proceso económico de cada Estado y nunca como sujeto de teóricos ensayos sobre doctrinas ó escuelas extremas. Habremos, pues, de **proteger las industrias existentes** que representan cuantiosos capitales sin dejar de fomentar las que puedan nacer y desenvolverse con aportes moderados del Estado, pero encaminando su existencia hasta verla florecer con los jugos de sus provechos y lucros. Este aspecto de nuestra economía tiene evidente contacto con el abaratamiento de la vida, problema substancial y complicado que será necesario resolver con seria meditación, para no herir intereses que son nacionales ni gravar necesidades que son colectivas.

He mencionado la **estabilidad de la moneda**, no para indicar medidas sobre la abundancia de papel que aún no nos hace sentir ninguna perturbación en el mercado, sino para constatar la robusta caución de que disfruta con relación á todos los otros países de circulación fiduciaria, y para significar que ese depósito á oro de la Caja de Conversión lo considero tan sagrado como un valor en custodia confiado por nacionales y extranjeros á la probidad y al honor de la República. **Amigo y admirador del ejército**, cuyas tiendas me alojaron cada vez que vi en peligro el principio de autoridad, habría de dedicarle una asidua preferencia para continuar sus adelantos científicos. Podría excusarme de hablar de la marina de guerra después de haber sostenido las construcciones navales como base y como apoyo de la **defensa nacional**, si no debiera recordarla para elogiar la precisión y la técnica con que en las últimas maniobras ha satisfecho el patriotismo exigente. Constato el presente y anhelo para el porvenir que el espíritu, la disciplina y el carácter de las dos instituciones **armadas mantengan su tradición de honra y de gloria**.

Soy enemigo de los **trusts** como de todo monopolio, pero muy especialmente de los que quieran actuar sobre artículos de necesidad universal. Cultivamos los productos más nobles de la tierra, con demandas que la población universal acrece por ley de su desarrollo, y no debemos enajenar en

fragmentos los veneros de nuestra riqueza. **Ese intermediario inútil entre el productor honesto y el consumidor necesitado, desnacionaliza las industrias nativas privándolas del gobierno de su propio comercio y con él de los provechos legítimos, moderados y normales que debe ir acumulando la riqueza argentina.** Yo no deseo ver á mi país aprisionado en las mallas de esas especulaciones que viven de la sorpresa y preparan las hambres de la humanidad. Las he combatido reciamente en el Instituto Internacional de Roma y he querido sacarlas de la sombra difundiendo los anuncios de las siembras y de las cosechas hasta no importa cuál perdido rincón del planeta.

Considero necesario alentar el capital argentino en las grandes obras públicas de interés general ó en empresas particulares de utilidad nacional. Debemos todo al capital extranjero y, sin dejar de estarle reconocido, es hora de estimular nuestras propias energías desentumeciendo los órganos de nuestra actividad y economía.

No ignoramos los reproches que pesan sobre nuestra raza, acusados como estamos de enfermos de la voluntad, dominados por molicies tropicales ó por ingénita debilidad. El último acto del gobierno de Roosevelt ha vindicado á las repúblicas latino-americanas y el Hon. Tittoni, como el diputado Ferri, acaban de prestigiarlo en Montecitorio. Sin embargo, es menester confesar que el trabajo y el esfuerzo

del brazo argentino no rivalizan con el extranjero. La oficina del ramo nos hace saber que sobre 10.000 talleres que funcionan en esta metrópoli 8.700 son de extranjeros y sólo 1.300 de argentinos. Si ilustramos este dato con la adquisición de la propiedad raíz sería fácil hallar un tema para graves reflexiones que quiero omitir, aun cuando las causas que generan estos hechos no me sean desconocidas. Necesitamos no sólo mover capitales sino brazos y cerebros, abriendo horizontes y creando aspiraciones al trabajo y á la independencia.

He indicado la función nacionalizante de la escuela primaria y es ahora, cuando pretendo el capital y la energía argentina para nuestro desenvolvimiento económico, que debo referirme á la **enseñanza secundaria y superior**. Yo veo en esta primera la formadora de las vocaciones, y creo que de su bien ordenada metodización podemos esperar que las nuevas generaciones no desborden las aulas universitarias, para luego esterilizarse excediendo las profesiones liberales ó agravando el funcionarismo. Debemos procurar para la enseñanza secundaria un organismo y una independencia, cuyos programas clásicos é intensos con finalidad dentro de ellos mismos, **reglen estudios preparatorios para la vida y no para las facultades**. La multiplicación y el perfeccionamiento de las escuelas normales es una doble imposición de los problemas de la nacionalización y del analfabetismo:

necesitamos muchos maestros y los precisamos argentinos, asegurando su dignidad y recompensando su competencia con más largas remuneraciones. La extensión del territorio requiere la diferenciación de las disciplinas secundarias y la creación de institutos técnicos según las especialidades productoras de cada provincia. La separación en las universidades del diploma profesional y del doctorado, dejando éste á las solas inteligencias de elección, paréceme necesidad impuesta por la prisa del país en incorporarse temprano las actividades juveniles. En mis convicciones de ciudadano yo he puesto siempre muy por encima de los incrementos materiales el progreso espiritual, y sería mi anhelo de mandatario correlacionar los dos desenvolvimientos.

Ciudadano don Ricardo Lavalle:

Vuestra palabra serena y patriótica expresa los sentimientos de esta asamblea popular que ha querido escucharos y escucharme. Nada más democrático que exigirme la confesión de mis ideas como ciudadano y como hombre de gobierno. La dejo hecha sin cálculos ni reservas y ahora me toca contestar la interrogación solemne que me viene dirigida, sin omitir una declaración propia sobre criterios que me son personales y que interesan á mi sinceridad. No he

perseguido el honor que os disponéis á otorgarme, y debéis creer en mi palabra porque siempre he pensado en voz alta delante de nuestros problemas y porque en épocas remotas y agitadas, cuando creí que mis esfuerzos podrían ser útiles á la República, no oculté mi pensamiento ni dejé de declararlo á la luz meridiana. Quizá me preguntaréis por qué en aquellas épocas excepcionales expresé esa aspiración y por qué no la he sentido en nuestros días. Es porque el tiempo, ese gran demoledor que nos carga de nieve el cabello y de dudas profundas el espíritu, descubre á nuestros ojos fatigados revelaciones vedadas á la juventud, que es fuerza, empuje, confianza é ilusión. Junto con la madurez de la experiencia sentimos como al declinar del día las deficiencias de la luz y las punciones intensas de la conciencia responsable. No es, pues, que hayan crecido los egoísmos sino que ha disminuido la seguridad en el sujeto pasible de las inevitables transformaciones. A partir de esta vacilación, séame dado explicarme ante vosotros y con mi propio criterio los significados de este movimiento en la actualidad de la política.

Yo siento estas vibraciones como emergiendo de un gran organismo inquieto que encontrara su centro de gravedad en las reacciones plenarias de su funcionamiento. Los hombres pasan como meros accidentes en la rotación de los gobiernos, y convencernos de que debemos pasar después

de haber montado nuestra facción es ilustrar la milicia democrática, que ha de pesar sobre cada ciudadano sin que ningún ciudadano pueda gravitar sobre ella, porque sólo la soberanía es permanente y sólo la Nación es inmutable, como sus símbolos eternos.

Congratulémonos, señores, de que esta hermosa exigencia de la vida institucional nos venga impuesta de derecho por obra de nuestra grandeza, ya que los tiempos no admiten inercias ó regresiones parciales que desmedren el recíproco respeto que ante propios y extraños, hombres y partidos nos debemos á nosotros mismos. Pero toda evolución que se realiza, no por el arbitrio de los hombres sino por el imperativo de los tiempos, ha menester de ejecutor y de intérprete que la comprenda y la practique con la sinceridad de un convencido. Tal vez este sea mi título ante vosotros.

Si nos estudiamos desapasionadamente, habremos de constatar que á través de las vicisitudes en los regímenes y en los sistemas, la Nación ha dilatado sus miembros en todas las direcciones de la humana actividad. Su cultura intelectual ha seguido la misma ley de ascensión y es la propia lucidez del pensamiento la que ha dado conciencia á la razón pública, permitiéndole observar, desde la altura, que los métodos estaban retardados y las costumbres políticas hondamente perjudicadas. No busquéis en mis palabras alusiones ni reproches para nadie. Reconozcamos y señalemos los hechos,

ya que nos es necesario para poder rectificarlos, pero hagámoslo sin cargos, reproches ni enconos y abordemos la reforma científica y serenamente como si se tratara de un problema primario, de instrucción, de derecho ó de economía. El reproche no fecunda las grandes reacciones, y fuera estéril individualizarlos en hombres, partidos ó grupos, porque en la mayor parte de los casos tropezaríamos con el error la pasión colectiva y no es justo descargarnos de responsabilidades que á todos nos alcanzan, á los unos por lo que hicimos, á los otros por lo que no hicimos.

Reconozcamos lo provechoso y útil que, así los hombres como los grandes partidos tradicionales, han logrado realizar y fundemos con nuestra propia cultura la consideración de los servicios y la justicia de la gratitud, pero que ese sentimiento no nos traiga supremacías perdurables ni penosas desviaciones de altiveces y libertades. Proscribamos, pues, de nuestros hábitos toda política personalista y busquemos en las fuentes de nuestras instituciones y en la previsión de los constituyentes la solución de nuestra crisis y la felicidad de nuestros días. **Necesitamos hacer obra de argentinos más que de partidarios.**

He rozado este problema porque lo siento vivir en el alma sensible de la Nación, como duda ó como enigma que tuviera prisa en descifrar para darle soluciones definitivas, bajo la acción de nuevas aspiraciones.

La evolución de los partidos argentinos tiene dos períodos bien caracterizados. Durante todo el primero, el más largo y el más glorioso, lucharon los ideales y los hombres: y es al comenzar del segundo cuando, acordadas las bases de la organización nacional, las organizaciones partidarias, perdida su verdadera razón de existencia por el desenlace de sus controversias doctrinarias, sobreviven por la sola virtud de los prestigios personales de sus hombres. Los caudillos de la Independencia, y hasta los de la Anarquía, eran hombres-programas, porque cada uno encarnaba una definida aspiración general y son por eso sus partidos concentraciones tan orgánicas como lo permitían los días confusos y la cultura incipiente. Mirad conmigo hacia atrás. Vivamos los meses plenos de la Primera Junta, y saavedristas y morenistas se nos aparecen presagiando los dos poderosos organismos partidarios que, con el juego de sus reacciones, van plasmando la nacionalidad. En la misma tienda errante de algún montonero descubriríamos la crisis de un espíritu insomne de trascendentes ideales políticos. Hay que llegar al ocaso del último siglo, cuando consolidada la Constitución del 53 con la capitalización de Buenos Aires, los grandes partidos, cumplidas sus misiones históricas, no saben disolverse ni transformarse. En esa luz indecisa han ido formándose las generaciones nuevas, y por imposición de sus destinos, recibiendo el país los aluviones inmigratorios. ¿Habremos de extrañar que la juventud haya resistido el comicio donde se la

llamaba con nombres y no con doctrinas? Habrá de sorprendernos que el cosmopolitismo sin las energías de la actividad ciudadana haya fortificado las indiferencias? Dejadme ver una aurora en esta manifestación grandiosa; dejadme esperar que esta coincidencia de tanta tendencia diversa marca el fin de las agrupaciones anacrónicas; dejadme soñar que no será éste un espasmo de la energía cívica; dejadme creer que soy pretexto para la fundación del partido orgánico y doctrinario que exige la grandeza argentina; dejadme la confianza de que acabaron los personalismos y volvemos á darnos á las ideas.

Convenzámonos, señores, de que la adhesión á los hombres no substituirá jamás la profesión de los principios ni la fe de los convencimientos. El personalismo amengua nuestro progreso, disminuye nuestro volumen, obscurece las banderas y reduce la estatura de las agrupaciones que han de formar las fuerzas vivas de la opinión nacional. No hemos llegado á una finalidad pero **asistimos á una transición**; por eso veis partidos que se disuelven y partidos que vacilan y meditan soluciones desinteresadas, dominando patrióticamente el propio instinto de conservación. Yo no habré de indicaros de llegada, ni la forma ni los medios de la evolución á realizar, pero necesitaba establecer las premisas para partir de un punto cierto á conclusiones acertadas que

vosotros debéis encontrar en las inspiraciones del patriotismo.

He dicho que asistimos á una transición y lo confirmo. Es porque se presienten comicios francos que los varones consulares y los hombres independientes abandonan su retiro con aspiraciones de ambiente y de verdad. Es por la virtualidad de esa promesa que la juventud ha depuesto su protesta y sus indiferencias desesperantes, para ocupar las avanzadas del movimiento inicial que proyecta esperanzas venturosas sobre sus frentes pensadoras. Es bajo aquellos auspicios que vuestros adversarios se disuelven y se reorganizan para disputar el triunfo, movidos por preferencias ó programas igualmente respetables. La opinión de la República va á moverse desembarazadamente con la integridad de sus derechos, con sus hombres y con sus ideales para llegar por caminos diferentes pero por un solo medio legal y político á escrutar la voluntad de la Nación.

Cuando la presidencia de Sarmiento recibía el fuego implacable de la oposición, refieren que el estadista genial exclamó un día con honda pesadumbre: **Aquí se necesita más heroísmo para hablar bien de un Gobierno que para hacer una revolución.** Yo he envejecido, señores, sin ensayar este segundo valor, porque no he sido nunca revolucionario, pero siento el coraje de la justicia y no callo ni oculto su voz impecable. He de recordaros, pues, que llegamos á esta

altura de la evolución no por el azar de los sucesos, sino porque durante los últimos seis años se han venido madurando altos anhelos para colocar á nuestro país en la realidad republicana. Los gobiernos, como los partidos, que se inspiran en la verdad institucional suelen verse obligados á obrar resueltamente sin reparar en el daño individual, ni en la ventaja que se ataca ni en la rutina que se resiste. Pero así que las pasiones se serenen y los intereses agraviados se concilien bajo garantías comunes y bienhechoras, se habrá de reconocer que la reacción fue necesaria y que se ha sostenido integralmente porque así lo ha querido la Constitución al instituir la Presidencia, no como un símbolo sino como un principio de autoridad eficiente. He dicho que en la lucha venidera los partidos actuaran con objetivos diferentes, pero por iguales medios y por caminos legales. El volumen de los intereses nacionales y extranjeros, las exigencias de nuestra cultura y las imposiciones de nuestro Progreso, condenan los movimientos armados que nos amenguan ante la cultura universal, que aspira a incorporarnos a su seno por la rehabilitación de nuestro pasado anárquico. No nos engañemos; si nuestro engrandecimiento ha comenzado es porque hemos demostrado el poder incontrastable de la Nación, inspirando seguridades de paz, de reposo y de confianza. Yo no apoyaré nunca la opresión, pero condeno las revoluciones que la substituyen ó la agravan, y pienso que no habremos de

consolidar nuestro presente sino por el perfeccionamiento gradual dentro del orden, nunca por la violencia ó por la sorpresa, ni por acciones que traen sus reacciones, no ensayadas todavía porque no hemos visto el triunfo de ninguna rebelión.

Cuando recibí en el extranjero los primeros anuncios de vuestros propósitos, contesté invariablemente que el gobernante a venir **necesitaba ancha base de opinión**. Sin ella yo no concibo la vida de un gobierno representativo ni la marcha progresiva de una sociedad en formación, y al afirmarlo en modo tan categórico no me consideréis un utopista. Comprendo que la democracia pura es un ideal, pero el gobierno es una necesidad, y habremos de constituirlo mejorando en el proceso de la marcha ascendente los procedimientos y sistemas, con los hombres y partidos que no delegan ni omiten la función del sufragio. Para que un ciudadano pueda creerse sin jactancia el indicado de la mayoría, necesario es comprobar la voluntad presunta de la Nación por un pronunciamiento colectivo, extenso y amplio como el que habéis producido. En la Capital como en el interior las agrupaciones gubernistas como las opositoras me expresan sus adhesiones, como un voto generoso confiado a mi lealtad y mi deber. Si el éxito coronara aquel esfuerzo no me oculto las dificultades de la marcha ni los conflictos del problema gobernante, pero habré

de ponerlos desde ahora a la luz de mi sinceridad. Para no pocos espíritus apasionados, opinión es voz sinónima de oposición y no la ubican jamás en las agrupaciones gobernantes. No necesito aseguraros que no es ese mi criterio de hombre de gobierno. Yo habría de encontrar las fuerzas vivas de la opinión nacional en todas las unidades pensantes que coincidan en propósitos de recta administración y de mejoramiento institucional. Yo no habría de admitir las exclusiones ni sobre el grupo opositor ni sobre el grupo gobernante, que lejos de merecerla tiene títulos legítimos para colaborar en la evolución que ha comenzado y que, como lo sabéis, ha contado con mi apoyo solidario. Yo entiendo **por gobierno de opinión** el que llega á realizar sin exclusiones la mayor condensación de voluntades. Yo no habré de tomar puesto ni bandera en las políticas locales pero habré de sostener las autoridades constituidas y amparar á las opiniones en su función regular y saludable, dentro de las facultades que delimita la Constitución, respetando la autonomía de las provincias como entidades jurídicas del Derecho Federal. Yo ignoro si el pensamiento que os transmito sirve para conciliar las políticas controvertidas ó si agrava disidencias que no me sea dado armonizar con mi concepto del gobierno y de su mejoramiento progresivo. Habré de repetiros en todo caso que no traigo aspiraciones personales, y si no puedo encontrar la línea de coincidencia entre el patriotismo de los

unos y el desprendimiento de los otros; si en lugar de vínculo de unión y de armonía fuera bandera ó causa de discordia, habría formado el firme convencimiento de que mi nombre no es solución del presente ni prenda de los días futuros, y siendo este movimiento impersonal é impartidista, encontraría soluciones más radicales y adaptables á las aspiraciones discordantes. Cada ciudadano se debe á sus ideas: yo no podría modificar las mías y ni siquiera me es permitido silenciarlas. Declaro no tener más compromisos con los hombres ó con los partidos que los que en este momento contraigo con mi país para inspirarme en sus altos intereses por sobre toda consideración de vínculos personales ó de afectos. Mantengo todas las responsabilidades de mi pasado y mi conciencia no me obliga á sincerarme de acción alguna culpable. Si, pues, he de llegar hasta esa cumbre que me señaláis, región que sé batida por todos los vientos, no será como exponente de ningún partido sino como resultado de la aspiración vibrante de esta grandiosa asamblea. Y son estas aspiraciones colectivas las que formarán, espero, un organismo gobernante, porque si hacéis triunfar á un candidato no será seguramente para dejar derrotar á un presidente.

Correligionarios:

Permitidme que al aspirar el primer ambiente de la patria y al aceptar con vosotros la más estrecha solidaridad, salude á los adversarios con la cultura debida á nuestro estado social y político. Reconozcamos la identidad de sus derechos y la altura de su patriotismo, porque sólo los que no lo sienten en su corazón pueden suponerlo ausente en el alma de sus compatriotas. De mi, sólo sé deciros que estimo más á los que combaten y me atacan que á los que viven ajenos á los graves problemas de la Nación. Recordad que hemos nacido bajo el mismo cielo, que gravitamos sobre la misma tierra, venimos de un mismo origen y caminamos hacia el mismo fin y, si somos argentinos, á lo largo de nuestra existencia no debemos desgarrarnos sino considerarnos con recíproco respeto á través de disidencias que son un, derecho y de luchas que son esperanzas.

Conciudadanos:

La Presidencia á venir se abre con los postreros ecos del Centenario de Mayo y se cierra con los últimos festejos á la inmortal Asamblea de 1816, que alumbró la génesis de nuestra independencia. El Gobierno futuro actuará así bajo la doble presión directa de la Historia y por enlace de la doble apoteosis sentirá, con contacto de presencia, á los creadores geniales de la nacionalidad. Esos huéspedes ilustres traídos

por los extremos del recuerdo no habrán de ser testigos sino inspiradores de los pesados deberes de la actual generación. Si vuestro voto se cumple y si fuera el ciudadano que os habla quien hubiera de presidir la República en estos días brillantes de resurgimiento, yo habría de buscar inspiración en aquellos gloriosos anunciadores de la ruta. Con el pensamiento de ellos, pido la protección del Altísimo, al aceptar la más grave responsabilidad que puede pesar sobre un hombre y la más insigne honra que puede ser ofrecida al hijo de una democracia.